

Libro 2 Capítulo 17: El alivio del olvido absoluto - Druid del centro urbano (Borrador del Libro 1)

- Libro 2 Capítulo 17: El alivio del olvido absoluto - Druid del centro urbano (Borrador del Libro 1)

Libro 2 Capítulo 17: El alivio del olvido absoluto - Druid del centro urbano (Borrador del Libro 1)

No estaba seguro de cómo logró volver a su jardín con Jacopo, pero lo hizo. Le temblaba el cuerpo, aunque sentía calor. Vomitó, pero no quedó nada en su estómago. Se acurrucó en una bola en la tierra, a unos seis pies de su bolsa de dormir, y perdió el conocimiento.

Se encontró en la oscuridad, todavía con un dolor enorme aunque estaba soñando. Oía movimiento y se giró justo a tiempo para ver un destello de alguien y sentir la punzada de la carne cortada en su costado. Otra vez escuchó movimiento, y sólo vio un destello seguido por un dolor profundo. Ocurrió por tercera ocasión, y trató de alcanzar a quien le estaba golpeando, pero evitaron su alcance.

Extendió sus ramas y enredaderas, cubiertas con hojas rojas como la sangre, en dirección a la fuente del dolor, pero sintió que la conexión con ellas se rompía rápidamente cuando las atravesó la punta de una lanza larga. El intruso se acercaba cada vez más a su corazón, el centro desde donde se expandía.

Cuando el intruso lo atacó por primera vez, creyó que eran una docena de hombres a la vez. Había podido extenderse tan rápido, tan hermoso, desde que dejaron de tratar de detenerlo. Estaba a punto de alcanzar el centro, donde su hermano podía elevarse en el cielo y alcanzar la luz solar. Sintió que su hermano también estaba siendo atacado, su tronco poderoso siendo cortado profundamente mientras se teñía de ícor, que caía hasta la tierra en sus gotas.

Multiplicó sus esfuerzos, enviando rama tras rama hacia el hombre, pero éste se movía demasiado rápido. Esquivaba con una velocidad muchísimo mayor a la que había enfrentado antes. Con su lanza, atacaba, saltaba desde la pared de la caverna, dejando cráteres tras de sí, impulsándose con tanta fuerza. Lo que más le disgustaba era la risa del hombre. Disfrutaba la pelea. Esto era un insulto para el jardín. Quería que el hombre temblara de miedo, que huyera aterrado, para poder atravesarle la espalda y beber con avidez de su sangre.

Dantes volvió en sí, y se encontró dividido entre sus propias percepciones y las del antiguo jardín en la prisión subterránea. Intentó concentrarse para determinar con mayor claridad qué sucedía. El

jardín luchaba por su vida contra un solo hombre. Él lo conocía, aunque sólo podía sentir al hombre y no verlo, por los diferentes sentidos del jardín. Se aferró al corazón, latiendo tan rápido que pensó que podría estallar en su pecho. Miró a Jacopo, que yacía acurrucado a su lado, luchando por mantenerse vivo y consciente también.

El jardín había crecido, se había convertido en algo distinto e ingobernable, justo como le advirtieron los otros druidas. Pensaba que dispondría de más tiempo, pero había tenido dificultades para encontrar contactos en la cofradía desde la última fuga de la prisión. Habían desaparecido de la vista, y por eso no había sabido qué ocurría. Aunque intentó seguir el hilo grueso que lo conectaba con el jardín para entender mejor la situación, parecía que algo lo bloqueaba. En ese momento, su conexión parecía depender sólo del sufrimiento que el jardín experimentaba, intensificando su vínculo. Mientras luchaba por unir todos esos hilos en su mente, las esquinas de su visión se oscurecieron y perdió el conocimiento nuevamente.

El hombre logró llegar hasta el corazón del jardín. Había atravesado una pared de enredaderas, espinas y madera, apenas siendo frenado por ello. El jardín se sentía expuesto, su latido rojo como la sangre golpeaba contra la pared más distante de la cámara donde había sido creado. Continuaba enviando más y más ataques al guerrero en un intento por detenerlo, y mientras lo hacía, tres cámaras en el corazón se abrieron.

Desde su interior surgieron tres figuras altas y delgadas. Estaban cubiertas de corteza, y sus órbitas oculares estaban vacías, pero miraban al hombre sin embargo. Una de ellas levantó su brazo y formó un largo espinó similar a una daga. La otra hizo lo mismo para crear una espada, y la tercera permaneció allí detrás, sin armas, pero empezó a mover sus brazos en un amplio movimiento comunal, y espinas comenzaron a levantarse en todas partes a su alrededor, lanzándose contra los guerreros con lanzas.

El lanceroyó y esquivó cada espina, lanzándose contra las dos criaturas armadas que lo atacaban. Clavó la punta de su lanza en el corazón de la que llevaba la daga, pero ella simplemente agarró el asta y trató de acercarlo más, mientras la otra acometía su piernas con un golpe.

El lancesalto sobre la esquina de la hoja que venía a sus pies, deteniendo su movimiento y se inclinó hacia la criatura que lo jalaba, dando vueltas con su lanza y murmurando palabras en voz baja. La punta de su lanza empezó a brillar con un intenso tono blanco, y la criatura soltó un grito terrible mientras la corteza que constituía su piel se encendía en llamas y comenzaba a ennegrecerse.

La otra criatura dejó su espada y formó dos nuevas, pero el etenle simplemente cortó ambos en un movimiento fluido, atravesando el pecho de la criatura.

La última alzó una mano con cuatro dedos y lanzó una andanada ininterrumpida de pequeñas espinas hacia el hombre, quien comenzó a correr en zigzag para evitarlo. Antes de que el lancesaltara, volvió la mirada, y de alguna forma, Dantessentió el vacío donde sus ojos le estaban observando.

Recuperó el sentido, centró toda su atención en el hilo carmesí que lo conectaba con su propio jardín. Lo aferró en su mente e intentó arrancarlo de sí mismo, pero descubrió que no podía

romperlo. Con su voluntad intentó desgastarlo, pero solo consiguió hacerle pequeñas marcas en la gruesa raíz de aquella fibra. Finalmente, empezó a cortarlo con mayor cuidado, como si fuera a serrar pie por pie. Fue una tarea angustiosa, como si se estuviera cortando su propio brazo, pero en su concentración particular pudo ver cómo el lancesalt después llegaba al corazón del jardín, y supo instintivamente lo que ocurriría si lograba atravesarlo. Intensificó sus esfuerzos, oyendo un rugido que ni siquiera se dio cuenta de que era suyo, mientras serraba.

El lancero corrió hacia el corazón, con su lanza blanca y ardiente al frente.

Dantes terminó de cortar la conexión, sintiendo cómo la última fibra se rompía, como si fuera un nervio, y colapsó, sin saber si era la muerte o el sueño lo que se aproximaba, mientras sus ojos se cerraban.

...

Hubo oscuridad durante un tiempo, la calma del olvido absoluto, hasta que Dantes cuando flutuaba sobre una mesa familiar, con una balanza en el centro. Miró a su hombro y se alegró de ver a Jacopo allí con él. Ambos volvieron la atención a la mesa.

La mujer verde y el hombre en azul estaban quitando monedas de la balanza y colocándolas a su lado. Sacaban cada moneda al mismo tiempo, y la balanza no se movía ni un ápice, hasta que quedó completamente vacía. En ese momento, desapareció.

Las monedas que colocaron entonces fueron recogidas por alguien nuevo, una mujer con un velo negro que ocultaba su rostro, y un elegante vestido en blanco y negro. Sus manos, enguantadas, eran claramente delicadas. Ella tomaba cada moneda lentamente y la convertía en hilo, que extendía cada vez más. Cuando terminó de crear un largo hilo dorado, el hombre en azul y la mujer en verde tomaron cada uno un extremo y atravesaron una aguja por él.

La aguja de la mujer verde era más como una espina, y la del hombre en azul era de acero. Ambos se acercaron de nuevo a la mesa. La mujer levantó la rata que acariciaba y atravesó con su aguja, sin siquiera estremecerse. Luego pasó a las cucarachas, y a un gran murciélago que se aferraba a una rama que sobresalía de su hombro.

El hombre en azul empezó a sacar objetos de su capa azul, sin que Dantes, con su mirada entrenada, pudiera determinar claramente su origen. Dados, una baraja de cartas, un fino trozo de seda, todos eran atravesados por el hilo con calma y habilidad.

La mujer del velo dejó que el hilo se desenrollara lentamente, y Dantes sintió que había un calor en ella que le proporcionaba una extraña sensación de consuelo. Miró a su alrededor y vio que el hombre con la sonrisa cruel aún observaba desde una esquina, fijamente en la gran pila de hilo dorado. Intentó acercarse más, para comprender todo lo que sucedía, pero su visión se difuminó y el sueño se disolvió en la nada.